

[Volver al Índice](#)

CAPÍTULO VII

Comisión exploradora para establecer una trinchera con artillería en *Punta Ñaró* – Combates en los días 16 y 17 – Batalla del *Sauce* el día 18 de Julio de 1866 – Triunfo de los paraguayos – Reflexiones.

El gran problema, cuya solución preocupaba de día y de noche al Mariscal por ese tiempo, era encontrar un medio para obligar a los aliados a salir de su apatía; es decir, un medio que los colocase en la dura alternativa de tener que retroceder, abandonando el terreno que ocupaban; o de avanzar, cumpliendo con su rol de invasores, atacando nuestras posiciones.

Uno de los planes que para el efecto concibió, fue el de colocar una pieza de a 68 en el monte del *Sauce* en el paraje denominado *Punta Ñaró*, que quedaba a muy corta distancia de campamento aliado, y desde donde se enfilaba la división de Flores.

Dicha posición tenía la ventaja de poder montar y parapetar la pieza que allí se colocase, sin que el enemigo sospechase siquiera. Y cuando éste, incomodado por sus tiros, hubiese tratado de apoderarse de ella, hubiera sido ventajosamente defendido por el fuego de las baterías del *Centro* y del *Sauce* en cooperación del suyo propio.

Pero ese plan fue abandonado, sin que se sepa cuáles fueron los motivos que el Mariscal tuvo para ello, ordenando que en su lugar se procediera a hacer un minucioso reconocimiento en el terreno comprendido entre el *Sauce* y el *Potrero Piris* con el propósito de mandar abrir durante la noche una trinchera que abrazando el espacio situado entre la *Punta Ñaró* y el *Potrero Piris* comprometiese el flanco izquierdo de los brasileros y la retaguardia de la posición oriental.

Este plan indudablemente era superior al anterior por cuanto respondía mejor a la idea de López, que consistía en crear al enemigo una situación insoportable que le obligase a retroceder o a avanzar.

Hay que reconocer que el plan era hábil y audaz a la vez. Para llevarlo a

cabo, se procedió a verificar el reconocimiento mencionado, por una comisión compuesta del General Díaz, Coronel Aquino ⁽¹⁾ y el mayor de ingenieros Don Jorge Thompson.

Como la relación que hace este último en su obra titulada *La Guerra del Paraguay* sobre la ejecución del plan del Mariscal, se ajusta exactamente a los hechos, voy a permitirme transcribirla aquí:

“Las selvas que mediaban entre Sauce y Piris, no estaban ocupadas por ninguno de los ejércitos; pero los paraguayos tenían siempre en ellas hombres que las exploraban. Estos montes y los espacios que las dividían estaban sembrados con los cadáveres del 24 de Mayo.

“Estos cadáveres no estaban descompuestos sino completamente momificados; el cutis se había secado sobre los huesos, los cuerpos tenían un color amarillento y estaban sumamente enjutos. El campo estaa cubierto literalmente de balas, cartuchos y proyectiles de toda especie; y los árboles de las selvas acribillados de balas de rifle. Atravesamos la selva hasta llegar al Potrero Piris, en cuyo centro estaba un *bombero* brasilero montado a caballo; pero no vio absolutamente nada; seguimos el curso del *Yuruí* hasta llegar nuevamente a un punto del monte, desde el cual podíamos ver todo perfectamente y que sólo distaba 500 yardas de las trincheras brasileras. Los brasileros notaron algún síntoma raro en la selva, y reunieron sus ganados sin demora, recelando probablemente alguna nueva sorpresa como las que habían sufrido varias veces. Sin embargo no nos hicieron fuego, y la comitiva entre las que se hallaban los Generales Días y Aquino, volvió por el campo abierto. Los *bomberos* enemigos no dejaron de vigilarnos, pero no nos hicieron fuego, porque teníamos una escolta de 50 rifleros. Di parte que la trinchera era practicable, y López determinó abrirla inmediatamente ⁽²⁾. Con ese motivo todas las azadas, palas y picos (que llegaban a 700) fueron enviados al Sauce y los batallones 6 y 7 (que habían hecho los terraplenes y trincheras de

¹ El Coronel Aquino por mucho tiempo fue inspector de la ejecución de los trabajos del Ferro Carril de la Asunción a Paraguarí, y al lado de los ingenieros ingleses, adquirió algún conocimiento práctico de ingeniería. (N. del A.).

² En la prima noche de ese mismo día. (N. del A.)

Humaitá) ⁽³⁾, fueron escogidos para realizar la obra. Se encargó a los soldados el mayor silencio y las mayores precauciones para que el enemigo no oyera el choque de los instrumentos y de las armas. A veinte varas de la línea de trabajadores se tendieron cien hombres en guerrilla, para cubrir a los zapadores, los que para divisar mejor si alguno se acercaba, se echaron de barriga. En algunos puntos estaban tan mezclados con los cadáveres, que era imposible distinguir a los vivos de los muertos. Hice trazar la línea a la luz de una linterna que estaba a la extremidad opuesta, y oculta al enemigo por un cuero; los zapadores fueron enfilados en línea con ella. Entonces los hombres pusieron su fusil en tierra al frente de su puesto de trabajo y empezaron a abrir una trinchera de una vara de ancho y otra de profundidad arrojando la tierra hacia el frente, para ponerse a cubierto lo más pronto posible.

“Las líneas enemigas estaban tan cerca, que oíamos claramente el alerta de sus centinelas y hasta la risa y la los de su campamento. Aunque se tomaron todas las precauciones posibles para no ser sentidos, las azadas y los picos debieron chocarse algunas veces en aquella tenebrosa noche; pero lo sorprendente es que los aliados no se apercibieron de nada hasta la salida del sol, hora en que toda la extensión de la trinchera (900 yardas) estaba tan avanzada que los trabajadores se hallaban a cubierto del enemigo y empezaban a arrojar la tierra al lado opuesto para hacer el parapeto. Se colocaron 4 cañones pequeños en la Punta Ñaró, situados de manera que, en caso necesario, pudieran ser retirados”.

A media noche, cuando los zapadores lanzaban desde el foso paladas de tierras con la mayor actividad y el mayor entusiasmo, de repente se iluminó todo el horizonte, seguido luego de un prolongado y espantoso trueno que hacía estremecer la tierra. ¡Estupefactos los trabajadores suspendieron su tarea por algunos segundos y en seguida continuaron en medio de una manifestación de alegría en la suposición de que la escuadra enemiga se había disminuido con la pérdida de uno o dos buques! – Era, pues, la explosión de un torpedo cargado de 1.500 libras de pólvora, el mayor de cuantos hasta

³ Y los terraplenes de la vía férrea de la Asunción a Paraguarí. (N. del A.).

entonces se habían lanzado aguas abajo en *Curupayty* contra aquélla. El estrépito que produjo fue sentido hasta Corrientes y la luz que esparció alumbró con tanta claridad que había razón para presumir que los aliados hubiesen descubierto a favor de ella los trabajos que estaban haciendo los paraguayos.

Sin embargo, parece que no se apercibieron del peligro que les amenazaba, puesto que no hicieron nada para interrumpirlos. Recién al día siguiente, es decir, el 14, vieron distintamente una trinchera comenzada que flanqueaba la izquierda de los brasileros y la retaguardia de los orientales, e inmediatamente rompieron un nutrido fuego de artillería rayada sobre los paraguayos, el cual continuó durante todo el día 15.

Así que el General Osorio tuvo conocimiento el día 14 de la obra en ejecución, participó al General Mitre y éste le indicó la urgencia de desalojar sin pérdida de tiempo a los paraguayos de aquel punto. El General Osorio contestó: que estando el General Polydoro en *Itapirú* que venía a relevarle en el comando en jefe del ejército imperial, no deseaba privarle del honor de ser el general de esa jornada. En seguida se presentó el general Polydoro e impuesto de lo que se trataba, manifestó: – que recién se recibía del ejército y que necesitaba conocer su situación. A lo que replicó el General Mitre: “Ayer dije al General Osorio que la toma de la trinchera nos costaría 200 hombres, y hoy 500; pues bien, ahora digo a V. E. que mañana (16) perderemos más de 1000” (4).

Esta observación excitativa determinó el General Polydoro a tomar la resolución de echar a los paraguayos de su nueva posición. La operación era tanto más urgente, cuanto que los nuestros iban de momento en momento perfeccionando su obra de defensa, y si se les daba tiempo, aquella improvisada trinchera iba a comprometer gravemente la posición del Ejército Aliado.

Con el expresado propósito, el general Polydoro dispuso que el General Souza, con una división de infantería compuesta de 8 batallones, o sea 3.500

⁴ *Recuerdos de la guerra del Paraguay* por el General Garmendia. (N. del A.)

hombres más o menos y 4 piezas de artillería y una compañía de zapadores, a favor de la oscuridad de la noche y siguiendo cautelosamente la orilla del monte, se emboscara en el paraje más próximo a la trinchera menos extensa que cerraba el boquerón entre *Piris* y *Punta Ñaró*, ⁽⁵⁾ construida sobre una pequeña elevación, y que al día siguiente al romper el día, recorriendo rápidamente el trecho que faltaba para llegar a la posición paraguaya, cayera de improviso sobre ella.

Al mismo tiempo el general Mena Barreto recibió orden para ocupar el Potrero *Piris* con una brigada de infantería y 2 piezas de campaña como reserva de la división Souza, con instrucciones de resistir cualquier movimiento envolvente que intentasen los nuestros llevar sobre aquella división.

Cumplidas estas órdenes, los brasileros, a las 5 1/2 de la mañana, se lanzaron sobre los paraguayos con una gritería salvaje. El avance fue vigoroso, cargando los batallones con bravura sobre nuestra pequeña trinchera; pero a la vez encontraron una resistencia tenaz de parte de los nuestros que defendían su puesto a pie firme. Esa resistencia fue inquebrantable durante una hora, al cabo de la cual, reforzados los batallones asaltantes por otros, y haciendo un enérgico esfuerzo, consiguieron conquistar la posición.

Durante el combate la artillería oriental en combinación con la infantería brasilera, hacía llover sus bombas y balas sólidas sobre los nuestros.

Tomada la trinchera (1er. segmento), los paraguayos se retiraron a los bosques de la izquierda y de la retaguardia de aquella, desde donde continuaron combatiendo.

El coronel Aquino, en esos momentos, recibió algunas compañías de refuerzo, y organizando las tropas que en desorden peleaban, atacó a los brasileros, haciendo los mayores esfuerzos para reconquistar la posición perdida. Sangrienta fue la lucha empeñada con raro encarnizamiento; los brasileros no podían resistir el empuje heroico de los paraguayos; pero reforzados, conseguían hacer retroceder a éstos. Tres veces fueron rechazados

⁵ La nueva trinchera estaba dividida en dos segmentos: el primero cerraba el boquerón indicado, y el segundo, el camino que iba a la trinchera del *Potrero-Sauce*. (N. del A.)

los brasileros y tres veces fueron rechazados los paraguayos. Cuando cesaba el ataque a la bayoneta, recomenzaba y continuaba un tiroteo infernal de fusilería, que cubría con una espesa masa de humo toda la parte del bosque donde tenía lugar tan terrible combate, que duró unas tres horas, haciéndose cada vez más sangriento. Hubo momentos en que el general Souza se encontraba en una situación verdaderamente crítica. Tan fue así, que a su pedido, fue reforzado con dos piezas de artillería y dos batallones al mando del teniente coronel Paranhos. Luego más tarde, vinieron a incorporársele otros tres batallones más. Y sin embargo, viéndose impotente para avanzar sobre el otro segmento, retrocedió, replegándose en la posición conquistada a costa de tanta sangre.

En uno de los avances de los paraguayos para reconquistar ésta, arreando por delante a los brasileros en medio de gritos de entusiasmo, manifestó el coronel Aquino el deseo de matar por su propia mano algunos negros, y acto continuo con mirada alegre y sonrisa en los labios, picó espuelas al caballo overo que montaba, el cual pegó un salto lanzándose en medio del enemigo que se retiraba en desorden, encontró a su paso a un soldado africano retinto, cayó sobre él y lo mató; pero uno de los compañeros de éste, dando vuelta, apuntó con su rifle y le metió una bala en el vientre que lo bandeó destrozando las vísceras.

Antes de morir fue conducido al Sauce, y de allí en un carruaje abierto facilitado por el mariscal a *Paso-pucú*, donde fue alojado en una de las bonitas casas de paja que había bajo el naranjal del Cuartel General. El Mariscal pasó a visitarlo, y después de algunos minutos de permanencia, salió y dando una palmadita dijo: "¡Viva el General Aquino!" Y todos los que le acompañaban, entre quienes también se encontraba el que escribe estas memorias, contestaron: ¡Viva!...

He aquí como ascendió Aquino a General. Tres días después falleció, es decir, el 19 de julio de 1866.

Los paraguayos trataban de aprovechar las ventajas que ofrecía el terreno para hacer así menos sensible la desigualdad del número y arma. Peleaban

bajo la protección del bosque, y de esta manera no habían sufrido tanto como el enemigo. En vista de la resistencia tenaz con que se defendían, los generales aliados tuvieron la idea de aumentar la fuerza de Mena Barreto en el Potrero *Piris*, y haciendo un movimiento por la picada que se encontraba al borde del gran carrizal, envolver nuestro flanco derecho y atacarnos por la retaguardia. Pero abandonaron esa idea porque era irrealizable por las dificultades que ofrecía el terreno.

A las 9 1/2 fue relevada la división del General Souza, que había tenido ya una baja notable, por la del General Argollo.

El fuego de mosquetería de una y otra parte era incesante hasta las 10 a. m., hora en que había disminuido algún tanto; es decir, en los momentos en que nuestras fuerzas se disponían a llevar un nuevo ataque bajo las inmediatas órdenes del bravo comandante Giménez (*alias* Cala'a) que había sustituido al Coronel Aquino.

El General Díaz mandaba en jefe estas operaciones, y había recibido instrucciones terminantes para emplear los más enérgicos esfuerzos a fin de reconquistar la trinchera perdida.

En efecto, a eso de las 10 1/2 el Comandante Giménez a la cabeza de los batallones 6, 7 y 9, reforzados con algunas compañías sacadas de otros cuerpos, llevó un terrible ataque a los brasileros, que al principio fueron conmovidos por el empuje heroico de los nuestros; pero reforzados aquéllos inmediatamente con 3 o 4 batallones, con los que alcanzaban a 13 el número total, consiguieron repeler a los paraguayos, siguiendo después un tiroteo, incesante, que cubría con una espesa nube de humo toda la parte del bosque que ocupaban los combatientes.

En esta situación, y sin duda sintiéndose no muy seguro en su posición, el General Argollo, a pesar de tener a su mando una fuerza muy superior en número a la paraguaya, fue reforzado a su pedido, con la división Conesa, que se encontraba en el Potrero *Piris*. Dicha división se presentó con brío, y en seguida tomó parte en el combate que continuaba encarnizado con la gente de Argollo, prolongándose sin descanso la lucha hasta las diez de la noche.

El fuego de fusilería parecía en sus efectos a fuego de artificio, o a relámpagos que unos tras otros se suceden rasgando el fondo oscuro de un cielo encapotado que anuncia una próxima tormenta. Pocos momentos después, cesó el combate; sucediéndole un profundo silencio, que los aliados aprovecharon para relevar la división Argollo con la 6ª al mando del General Victorino.

¡Qué lujo de generales, y cuánto honor para nuestros modestos coroneles y capitanes comandantes de batallones!

Los paraguayos se retiraron, dejando algunas pequeñas partidas en observación, las que para hacerse sentir, lanzaban, de vez en cuando, cohetes a la *congréve* y metralas sobre el enemigo, que en seguida se las contestaba con sus ligeras y rápidas bombas.

En esa sangrienta jornada perdieron los argentinos un jefe, el coronel García, que peleó a la cabeza de un batallón brasilero y varios oficiales. De éstos salieron 4 heridos.

Los brasileros dejaron en el campo 160 oficiales y aproximadamente 2.000 individuos de tropa. Entre los primeros sucumbieron 3 jefes: Machado, Martini y Gómez, y salieron heridos 11 jefes entre tenientes coroneles y sargentos mayores.

Los brasileros en esta prolongada y reñida lucha acreditaron valor, arrojo y firmeza, y en nada desmerecieron a sus aliados los orientales y argentinos.

Con la franqueza e imparcialidad con que trato de apreciar los sucesos de la guerra, debo manifestar aquí, que hasta entonces habíamos denigrado y tenido en menos a las tropas brasileras, pero ellas, esa vez, probaron lo contrario, conquistando el más elevado concepto como bravos y valientes.

Los diezmados batallones paraguayos (6, 7 y 9), pelearon sin descanso durante diez y siete horas, sin probar un bocado de alimento, y las compañías entresacadas de otros batallones, que concurrían al combate, no eran propiamente refuerzos, isino apenas pequeños contingentes para reemplazar a los muertos!

Al día siguiente, es decir, el 17, puede decirse que hubo una especie de tregua; pero no por eso faltaron unas que otras escaramuzas entre las avanzadas de ambas fuerzas combatientes.

Los paraguayos aprovechando la inacción de los aliados, y previendo por la acumulación de elementos de parte de éstos, un próximo avance hacia nuestra línea principal, retiraron sus piezas del 2º segmento de *Punta Carapá*, a la posición del Sauce. El bizarro comandante Roa, de artillería a caballo, era el que corría con esta operación, que llevó a cabo con felicidad y en menos tiempo de lo que se esperaba, dejando el batallón 9 y algunas coheteras a las órdenes del mayor Marcelino Coronel de guarnición en el segundo segmento de nuestra inconclusa trinchera que cerraba el boquerón del *Sauce*. Esa trinchera también estaba construida, como la primera ya mencionada, sobre una pequeña elevación.

El 18 amaneció el día claro, sin que interrumpiese la limpidez del cielo otra nube, que el humo blanquizco de la pólvora que se levantaba de la orilla del bosque donde se tiroteaban los combatientes desde los puntos avanzados.

Desde muy temprano, comenzó el bombardeo, lanzando sobre nuestro campo multitud de bombas con una rapidez que ensordecía y hacía retumbar la atmósfera. Los artilleros paraguayos de nuestra posición del Centro, no se dejaron esperar para contestárselas con los de a 68, que, sea dicho de paso, llegaron a tener fama en el ejército aliado, no sólo por lo certeros que eran sus tiros como por los daños que ocasionaban. Los tiros enemigos esa vez fueron terribles, matando a algunos cuantos y haciendo volar los arzones de las piezas en batería.

Breves momentos después, siguiendo una práctica invariable, empezó el avance de los aliados por fuera y por dentro del bosque sobre la trinchera inconclusa del segundo segmento, de que se ha hecho mención.

El ataque fue verificado a las inmediatas órdenes del general brasileño Victorino, que obedecía al general Flores, quien mandaba en jefe esas operaciones porque ellas tenían lugar en su propio terreno, o porque así habría dispuesto el Generalísimo que tenía la dirección suprema de la guerra, cuya

suposición es más correcta y lógica. La fuerza asaltante consistía en un batallón oriental y 7 brasileros, teniendo a retaguardia como reserva igual número de batallones de la división Souza.

El Mayor Coronel, después de una breve resistencia, obedeciendo a instrucciones superiores, hizo retirada con buen orden, haciendo un nutrido fuego de fusilería, siendo protegido por la artillería del general Bruguez, que causó grandes estragos a las fuerzas asaltantes que avanzaban por fuera del monte.

Envalentonados los aliados por este pequeño triunfo, y más que esto, dominados por el vértigo, llevaron el ataque a nuestra trinchera del *Sauce*, que defendía la entrada al Potrero. Los compactos batallones brasileros, que avanzaban por el boquerón y venían a vanguardia, al recibir el horroroso fuego de nuestra batería, remolineaban a veces encontrándose al dar vuelta, cara a cara con los que venían más atrás, y semejante a una de esas gruesas marejadas ante un obstáculo invencible, retrocedían y luego volvían; haciendo trabajar bastante en esta circunstancia a los jefes y oficiales que se veían obligados a recordar con sus espadas a las tropas el terrible deber de avanzar a la trinchera que, cual antro del infierno, vomitaba fuego lanzando balas y metralas.

En uno de esos supremas esfuerzos que hicieron, consiguieron llegar en desorden hasta corta distancia de nuestra posición; pero fueron rechazados con grandes pérdidas, por el terrible fuego de enfilada de nuestra artillería que abría anchas brechas en aquellas masas de hombres, haciendo volar por al aire aquellos cuerpos horriblemente destrozados. El enemigo en su retroceso que lo hizo lo mejor que pudo, fue perseguido hasta corto trecho.

Frustrada esta primera tentativa, el general Flores impartió nuevas órdenes para que una división argentina (la del coronel Domínguez) unida a otra oriental, bajo las inmediatas órdenes del aguerrido coronel Pallejas, llevara otro ataque a nuestra trinchera.

El mayor Coronel, mientras tanto había penetrado en el monte con órdenes de observar el movimiento del enemigo que parecía querer tentar un

avance envolvente por nuestra derecha, o sea por el lado de Chichi. Su avanzada tuvo un encuentro con una descubierta argentina, la que atacada vigorosamente, cedió terreno; pero apoyada oportunamente con gentes desprendidas del Potrero *Piris*, los nuestros se retiraron, obedeciendo a sus instrucciones, trayendo en pos a los argentinos hasta el boquerón que conduce a nuestra posición, habiendo venido costeano la orilla del bosque. Durante este trayecto, han tenido que soportar los espantosos estragos de la artillería de Bruguez del Paso Gómez, hasta que penetraron y tomaron abrigo en una de las abras del boquerón.

En vista de este atrevido avance, que indicaba a las claras el propósito de un nuevo ataque, las pequeñas fuerzas que permanecieron fuera de trincheras se replegaron todas dentro de ella a esperar al enemigo.

El mayor Coronel fue muerto en uno de esos combates referidos, que tenían por objeto disminuir el número de las fuerzas enemigas disputándole el terreno montuoso frente a nuestra línea. Coronel ha sido uno de los jefes que más se han distinguido por su valor y decisión habiendo tomado parte en casi todos los combates que se han sucedido desde el principio de la guerra. La lealtad y patriotismo de aquél modesto y honrado oficial, se han manifestado con rasgos de heroísmo después del 24 de Mayo, que recordarán su nombre con gratitud en el corazón de las generaciones futuras de su país.

El boquerón que debía seguir la columna de ataque tenía a su entrada unos 40 metros de ancho, y de largo hasta nuestra trinchera, unos 400 metros. De uno y otro lado estaba poblado de un bosque tupido y enmarañado, a guisa de paredones.

Con el primer ataque de los brasileros y orientales, adquirieron la experiencia de que el único medio posible de conseguir que los proyectiles de la batería nuestra hiciera menos estragos, era dejando el centro libre y haciendo marchar las tropas asaltantes por ambas orillas del callejón.

Así efectuaron el ataque los batallones argentinos. Pero una vez que salieron de su abrigo y enfrentaron nuestra trinchera, fueron recibidos por una lluvia de fusilería y de metrallas lanzadas por los cañones. Los cuerpos que

venían a vanguardia sufrieron horriblemente, en cuyas filas se abrían inmensos claros que volvían a cerrarse, siendo reemplazados los que caían con los otros que venían más atrás. Marchaban en confusión tropezando unos con otros sobre los cadáveres mutilados de los muertos y los heridos que exhalaban gritos de dolor; pero siempre venían avanzando con denuedo y brío hasta llegar a la trinchera.

Aquí cesaron los estampidos de los cañones, tras de que la mayor parte de éstos estaba desmontado por la rapidez de los tiros. Enmudeció también la fusilería que pocos momentos antes atronaba la atmósfera y ensordecía a los combatientes y se inició una lucha terrible a arma blanca. ¡Era cosa de ver cómo combatió aquel puñado de paraguayos! No eran hombres, eran leones enfurecidos que defendían la entrada de su cubil con los dientes y las garras! Suplían el número con su valor convirtiéndose cada uno en un Hércules o un Aquiles que sembraba la desolación entre los que se le aproximaban hasta que caía exánime en tierra en brazos de la muerte! ¡Sin tiempo para cargar sus fusiles, peleaban a bayonetazos, a sablazos, a culatazos, hasta con piedras y paladas de tierra que arrojaban a los ojos de sus encarnizados y valientes adversarios! (6).

Estos por fin consiguieron penetrar dentro de nuestra trinchera clavando en ella su bandera, y matando el resto de los defensores de ella. Las tropas argentinas embriagadas por el frenesí del triunfo, se desparramaron en los ranchos en busca de botín, siendo impotentes los esfuerzos de sus jefes para reunirlos. Su bandera apenas tuvo tiempo de flamear, porque en seguida, el Mayor de Jesús Páez a la cabeza de dos escuadrones desmontados del Regimiento Nº 21 que se hallaban a la orilla del monte dentro del Potrero, sable en mano, y con el grito de *iviva La patria!* cargó con irresistible ímpetu y los desalojó reconquistando nuestra posición con sus cañones.

En ese momento venía llegando por el camino que conduce al Centro el importante refuerzo de 5 batallones de infantería (12, 13, 23, 36 y 40) encabezados por el intrépido General Díaz, que viene a tomar la revancha.

⁶ Garmendia y relación de actores y testigos presenciales. (N. del A.)

Estos salieron fuera de trinchera a perseguir al enemigo que se retiraba en desorden hasta una corta distancia. No entraba ya en el plan del Mariscal el propósito de iniciar nuevas operaciones, habiendo conseguido el objeto que se propuso en los tres días de combate, cual era obligar a los aliados a abandonar el terreno que ocupaban o ejecutar un avance sobre nuestra posición como lo hicieron.

Los argentinos faltos de elementos o de tiempo, dejaron nuestros cañones sin clavar, contentándose con arrojar al agua nuestra municiones.

El Coronel Pallejas, de nacionalidad español, al servicio de la Banda Oriental, su patria adoptiva, que era el que mandaba en jefe el asalto, murió antes de llegar a nuestra trinchera, legando a sus compañeros sobrevivientes un ejemplo inmortal de bravura y de heroísmo.

El General Souza con sus fuerzas se mantenían dentro del monte, dando protección a los que se retiraban del asalto.

El General Emilio Mitre, obedeciendo instrucciones de su hermano el Generalísimo, acudió al sitio del combate a la cabeza de la 4ª división del 2º Cuerpo del Ejército Argentino, con objeto de proteger a la división Domínguez que, después de apoderarse de nuestra trinchera por unos minutos, fue rechazada con enormes pérdidas.

Cuando llegó a donde estaba la trinchera de *Punta Ñaró*, se acercó al General Flores, pidiéndole instrucciones.

Este dispuso que se llevara un nuevo ataque a nuestra trinchera, manifestando que había fuerzas comprometidas que era necesario salvarlas, refiriéndose sin duda a la división Souza, que, esparcida, seguía tiroteando en el monte, porque en ese momento ya todas las fuerzas argentinas y orientales se habían retirado de nuestra posición, y se encontraban fuera del boquerón.

El General E. Mitre ordenó entonces al Coronel Agüero que cargase de nuevo con los batallones 2 de línea y 1º del 3º de la 7ª brigada mandada por el Teniente Coronel Orma, quedando de reserva la 8ª brigada a las órdenes del

Comandante Calvete (⁷), en el boquerón donde tuvo lugar el combate del 16.

Esta columna siguió el mismo trayecto que la anterior a las órdenes del Coronel Pallejas; es decir, recorrió primero la orilla exterior del bosque, en lugar de marchar por el varadero interior, sufriendo los certeros tiros de Fariña y Mazó con sus piezas de a 68 desde el *Centro* o sea *Paso-Gómez*, que les causaron estragos, hasta que se ocultaron, como antes, en el recodo de la entrada al boquerón, donde se reorganizaron.

Luego, emprendieron el asalto en columna cerrada, procurando seguir uno y otro costado del callejón; pero así que salieron a la vista de nuestra trinchera del *Sauce*, empezaron a sufrir los efectos de un fuego horroroso que abría anchos claros en sus filas, sembrando la desolación y la muerte en ellas en medio de los gritos de dolor de los que rodaban por el suelo, muchos de estos hechos pedazos, volviendo a cerrarse a la voz de mando de sus oficiales que los empujaban hacia adelante sin permitirles a mirar para atrás ni entretenerse con los que caían muertos o heridos. De modo que aquél boquerón llegó a ser una vorágine que tragaba masas de carne humana semejante a un monstruo insaciable.

Pero aquellos dos batallones, a pesar de los terribles estragos de que fueron víctimas, no cesaron de avanzar hasta llegar al pie de nuestra trinchera deshechos. Empujados por el entusiasmo de sus jefes, hicieron esfuerzos desesperados por reconquistar nuestra posición; pero todo fue en vano. El abanderado del 1º de línea, subteniente Dantas saltó a la zapa con pretensión de clavar allí su bandera, cayendo al pie derribado de un balazo que le hizo pedazos la mandíbula, pero sin soltar la enseña que llevaba, la que fue arrancada de su mano en seguida por otros compañeros suyos.

En los primeros momentos del asalto fue herido el Comandante Orma, reemplazándole en el momento el de igual clase Martínez; y antes de llegar a la trinchera fue muerto el Coronel Agüero, que a pesar de su edad se distinguió por su valor y arrojo.

Aquello fue un sacrificio estéril mandado ejecutar sin ninguna perspectiva

⁷ Garmendia. (N. del A.)

de un éxito favorable, el cual da una pésima idea de las inteligencias dirigentes de las operaciones enemigas de ese día.

La columna asaltante destrozada por la mosquetería paraguaya, sufrió, como era consiguiente, una fea derrota, retirándose en desorden. Ni era posible que lo hiciera de otra manera, dada la situación crítica en que se encontraba, que no les permitía escuchar ya a la voz de la disciplina, manejándose según Dios les daba a entender. ¡No era para menos el fuego graneado que se les hacía desde que hicieron su aparición, y algunas que otras descargas por compañía cuando se aproximaban a nuestra trinchera!

El cuadro que presentaba aquel ancho callejón después de los sucesivos ataques desde por la mañana temprano hasta las dos de la tarde que terminó la lucha, era horrible.

Todo el suelo estaba manchado de sangre. Montones de cadáveres, donde se hallaban mezclados y confundidos en su común desgracia argentinos, brasileros, orientales y también paraguayos con una variedad curiosa de las diferentes posiciones en que cayeron y fueron sorprendidos por la muerte, cubrían toda aquella faja encajonada de terreno hasta llegar al pie de la trinchera. Los que aún estaban vivos se agitaban desesperados, con el dolor de los últimos estertores de la agonía. Las distintas contracciones musculares que se notaban en sus pálidos rostros, reflejaban las últimas impresiones recibidas antes de expirar! ¡Oh, cruel destino! ¡A cuántas reflexiones no se presta tan terrible desgracia!

A la verdad; es preciso presenciar una guerra para saber lo que es; no basta leer descripciones que no dan de ella sino una imperfecta idea; es preciso comprobar con la vista sus horripilantes huellas; es preciso oír los quejidos y ayes de los heridos y moribundos que quedan tendidos, en el campo de acción, para poder apreciar las espantosas consecuencias de la guerra. ¡Y cuantos de ellos lanzan quejumbrosos lamentos, revolcándose en sangre, agua, cieno o lodo, y a veces entre matorrales y zarzales, en medio de la más angustiosa desesperación, clamando por sus queridos deudos antes de exhalar el postrer aliento de la vida!

De entre la pila de muertos al pie de la trinchera, fue recogido vivo después de la retirada de sus compañeros, el teniente Villalón, que tenía varias heridas. Fue conducido a *Paso-pucú*, y de allí al hospital de sangre en el camino de Humaitá, con especial recomendación del Mariscal para que fuese bien atendido por los médicos. Pero a pesar de los cuidados que se le prodigaron, tres días después murió. Recuerdo que a su llegada temblaba por la fiebre que le devoraba; y para que no se atribuyese esta circunstancia a otra cosa, dijo a los que curiosos le rodeaban: "Señores, no vayan a figurarse que tiemblo de miedo; no es sino efecto de la mucha fiebre que tengo". Con lo que daba a entender que tenía empeño en evitar toda apreciación desdorosa para su honor como militar.

En esos tres días de lucha sin descanso, los aliados tuvieron una baja de cerca de 5.000 hombres, y los paraguayos 2.500. Dos fueron los jefes de importancia que murieron de nuestra parte: el coronel Aquino y el Sargento Mayor Marcelino Coronel. El comandante Giménez, uno de los más valientes de nuestros oficiales, salió herido de una bala que le atravesó el pie izquierdo; pero a pesar de su herida, continuó peleando hasta el fin de la jornada.

Uno de los más gallardos jefes de nuestro ejército, el comandante Roa (después general), jefe de la artillería, se distinguió más que ninguno en aquella memorable jornada por su inteligente cooperación en la defensa y la bravura que desplegó peleando personalmente contra los numerosos asaltantes de nuestra posición.

Cuéntase que cuando el ataque de los argentinos y orientales, fue cortado solo y rodeado por el enemigo que le intimaba rendición; pero aunque tenía su espada rota, ino quiso obedecer a tan *amable* invitación! Entonces dos oficiales enemigos le atacaron; pero cada vez que se le aproximaban, les arrojaba a los ojos puñados de tierra. De esta, manera consiguió escaparse de sus adversarios volviendo entre los suyos, sin haber recibido una sola herida.

¿Y qué diré de los comandantes Luis y Francisco González, Giménez y el mayor Viveros, que en esa ocasión no desmintieron la fama bien adquirida de que gozaban, como los más bravos y decididos de nuestro ejército?

El Mariscal López, que por medio del hilo telegráfico estaba al corriente de los menores detalles de los combates, estuvo muy contento y satisfecho por el resultado que había alcanzado su plan. No se puede negar que el rechazo sucesivo del enemigo, en *Sauce*, ha sido un triunfo importante por su efecto moral, pudiendo haber sido menos costoso, si no hubiese habido tanto empeño en reconquistar la primera trinchera de *Punta Ñaró* ⁽⁸⁾.

Los Generales Díaz y Bruguez fueron muy felicitados con frases honrosas por el Mariscal, celebrando al mismo tiempo mucho el bizarro comportamiento del comandante Roa. Deploró la muerte de Aquino, a quien calificó como uno de los brazos más pujantes y decididos de los defensores de la Patria.

Además de los jefes aliados ya mencionados que murieron en esos combates, hubo muchos oficiales muertos y heridos; entre esos últimos el más caracterizado el General brasileiro Victorino Monteiro.

Al mismo tiempo que los aliados atacaron nuestra posición del *Sauce*, tuvo lugar un pequeño combate en el *Palmar* a vanguardia de la derecha de la línea enemiga, entre unos 200 hombres de infantería y dos escuadrones de caballería y la guerrilla del Comandante Ayala, que luego fue apoyada por el 12 de línea, al mando interino del Mayor Lucio Mansilla. Este, a la vista de nuestra caballería que avanzaba por dos pasos del estero amagando con una carga, formó precipitadamente cuadro. En esta situación se inició un tiroteo entre ambas partes desde la distancia, haciendo las nuestras uso de una cohetera que tenían con la que causó al enemigo bastante daño. En seguida, nuestra brava caballería, con su arrojo y audacia de costumbre, cargó por dos costados; pero no logró convulsionar el cuadro.

Después de una baja de 25 o 30 hombres de nuestra parte y otros tantos de parte del enemigo, se recogieron nuestras gentes dentro de nuestra línea. El avance de esta fuerza contra la avanzada enemiga, supongo que habrá tenido por objeto llamar la atención del enemigo por ese lado, mientras éste

⁸ Este empeño se explica: si los paraguayos conseguían quedarse en dicha posición con las correspondientes piezas de artillería, los ejércitos aliados no hubieran podido continuar en su campamento, y el abandono de ésta, importaba moralmente un triunfo más importante que la derrota que sufrieron en *Sauce* con grandes pérdidas. (N. del A.).

realizaba su asalto a nuestra trinchera del *Sauce*.

La infantería iba al mando del Capitán Osorio, y la caballería a las órdenes del Capitán Caballero (⁹), uno de los más bravos de nuestros oficiales de esa arma.

Los tres ataques sucesivos a nuestra posición de *Sauce* fueron obra exclusiva del General Flores, que sin casi acuerdo de los demás Generales aliados, llevado por el entusiasmo del combate los ordenó. Esto es lo que resulta de la relación de los escritores de la alianza. Pero estos son detalles de poca importancia para nosotros del bando opuesto, que sólo vemos que el director en jefe de los ejércitos aliados en campaña era el Generalísimo D. Bartolomé Mitre. Y por más que éste no haya sido absoluto e irresponsable como el Mariscal López en el comando en jefe que ejercía, no por eso dejará de ser responsable ante la historia por los errores cometidos en las operaciones realizadas durante su mando, así como a él debe atribuirse el honor y la gloria de los triunfos y victorias ganadas. La verdad en resumen es, que esa vez, los generales aliados, Mitre, Polydoro y Flores, incurrieron en los mismos errores que el Mariscal López, haciendo matar estérilmente sus mejores jefes y miles de sus tropas en ataques que no estaban justificados por ninguna razón estratégica.

Además, no deja de ser extraño, que tratándose de un movimiento ofensivo en *Sauce*, los argentinos hayan dejado tranquilo nuestro flanco izquierdo. Toda la atención de López se concentraba en *Sauce* y si el Ejército Argentino en esa circunstancia hubiese llevado un ataque formal a nuestros atrincheramientos, es muy posible que hubieran conseguido apoderarse de ellas, dado lo recio que era el combate a nuestra derecha. Pero lejos de eso, se mantuvo inactivo, sin hacer ningún movimiento estratégico, esperando, sin duda, que también, esa vez, tomaran la iniciativa los paraguayos.

Sea, finalmente, ello como fuere, el 18 de Julio es una de las fechas más gloriosas en los fastos guerreros de la Nación paraguaya, porque fue el día en que las numerosas legiones aliadas que avanzaron sobre nuestra línea

⁹ Hoy General. (N. del A.)

principal, tuvieron que retroceder destrozadas ante el antemural inquebrantable que les opuso la intrepidez de nuestros soldados (¹⁰).

Por ese tiempo, comenzaban a surgir entre los aliados ciertas desavenencias que dificultaban la ejecución de los planes estratégicos del Generalísimo.

Los generales brasileiros manifestaban tendencia a maniobrar solos, y parecía que no estaban dispuestos a mantenerse en los puestos avanzados conquistados; querían abandonarlos reconcentrando nuevamente sus fuerzas dentro de su antiguo atrincheramiento, alegando que no valían la pena los sacrificios que exigiría su sostenimiento.

Cuando el General Mitre supo esa disposición se manifestó enérgicamente contra ella, amenazando embarcarse con todo el ejército argentino, en caso que insistiesen aquellos en su propósito. En presencia de esta circunstancia mandó recabar la opinión del General Flores, sin participarle lo que estaba pasando, y este dijo que primero sacrificaría el último soldado oriental a su mando antes que hacer un paso atrás. Apoyado así el General Mitre, consiguió que los Generales brasileiros abandonasen su idea, y continuasen en la posesión del terreno ganado a costa de tanta sangre; explicando éstos que sus palabras fueron mal interpretadas y que no habían alimentado semejante idea.

¹⁰ Thompson, al mencionar los jefes aliados muertos, por equivocación escribió Martínez en lugar de Martini, comandante del batallón brasileiro 14 de línea. Además ha equivocado la fecha y la ocasión en que fue herido el Coronel Aquino. Y ha guardado silencio respecto al tercer ataque que realizaron los dos batallones argentinos sobre nuestra posición del *Sauce*, dando por terminada la lucha después del segundo ataque de argentinos y orientales. (N. del A.)